



HOMILÍA EN LA SOLEMNIDAD DEL CUERPO Y LA SANGRE DEL SEÑOR

Santa Iglesia Catedral, 6 de junio de 2010

Exmo. Cabildo Catedral; Ilmos Sres. Representantes del Excmº Ayuntamiento, de la Unión de Hermandades, de la Academia de San Dionisio y demás Instituciones diocesanas: culturales y religiosas. Queridos sacerdotes, religiosos/as, hermanos todos:

“Este es el Sacramento de nuestra fe”. Con esta expresión manifestamos nuestra admiración ante la conversión sustancial del pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre del Señor Jesús, una realidad que supera toda comprensión humana. Y es ese misterio de la fe el que la Iglesia nos invita a contemplar en esta festividad del Corpus Christi. Y no sólo a contemplar sino a vivir el misterio de amor que encierra el sacramento de la Eucaristía, **“pan del cielo”** que **“da la vida”** a la Iglesia y a la humanidad. Cristo mismo que se dona a todos nosotros por puro amor.

Al mismo tiempo, es para mí una alegría que esta solemnidad coincida con el primer aniversario de mi consagración como Obispo de Asidonia-Jerez. Así como que la festividad del Corpus Christi sea precisamente la primera celebración catedralicia que compartimos con los nuevos canónigos, cuya toma de posesión realizaron el pasado día 15 de Mayo.

1. Corpus Christi. Maná eucarístico

Del Evangelio que hemos escuchado podemos destacar dos elementos que nos ayuden a profundizar en esta fiesta solemne. En primer lugar, el milagro de la multiplicación de los panes y los peces nos sitúa en el tiempo del éxodo y más concretamente en el acontecimiento del maná enviado por Dios a su pueblo en el desierto. Es eso lo que todo el pueblo intuye cuando ve que Jesús multiplica los panes y los peces ... Se esperaba que en la era mesiánica se repitiera de nuevo el milagro del maná: el Mesías -creían-, mostraría su existencia dando a todos de comer, haciendo llover pan del cielo.

Pero en los planes de Jesús ese gesto de la multiplicación del pan tenía un alcance mucho más profundo; traslada el milagro del maná a un plano totalmente distinto, que culmina en la Eucaristía. El nuevo maná será a partir de la resurrección la Eucaristía, donde es Cristo mismo el que se dona en la realidad de su Cuerpo y su Sangre a partir de los signos del pan y del vino.

El milagro de la multiplicación de los panes y los peces, no es sino un anticipo del gran milagro que a lo largo de la historia alimenta a la Iglesia y a través de ella a la humanidad porque, como nos dijo Jesús en la Última Cena: **“el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo”**. Ahora ya no es el pan que perece, sino **que “el que come de este pan vivirá para siempre”**.

Este pan sacia a todos e incluso sobran doce canastos, pues el amor de Dios es inagotable. Desde aquí podemos entender que nuestro acompañar al Señor en la procesión del Corpus expresa lo que es nuestra vida: una peregrinación hacia la tierra prometida cuya dirección sólo puede mantenerse cuando se camina con Aquel que está en medio de nosotros como Presencia, como Palabra y como Pan.

En el Sacramento del altar, el Señor viene al encuentro del hombre, como **“pan de vida”**, como **“alimento en el camino”**. Por eso, con nuestra procesión, queremos hoy manifestar que Jesucristo es nuestra referencia en nuestra peregrinación por el mundo. Él es el que en los momentos de cansancio nos alienta a seguir construyendo la familia; el que sacia tantas veces esa sed de eternidad y de amor que nos produce el sol del materialismo.

Él es el consuelo y la esperanza que nos ayuda a vivir la cruz de la enfermedad. El que nos da la fortaleza para caminar por los senderos de la verdad, el servicio y la entrega; el que llena el vacío de nuestra soledad. Él es el mismo Dios presente en medio de nosotros que nos ama y nos abre las puertas de la vida eterna.

2. Maná del Nuevo Pueblo de Dios

En segundo lugar, descubrimos que ahora el milagro eucarístico es mucho mayor que el del Éxodo porque está basado en una Alianza nueva y definitiva. Hablar del maná ahora es hacer referencia al Pueblo de la Nueva Alianza. Por eso la Eucaristía es maná es el alimento de **la Iglesia, Nuevo Pueblo de Dios**.

“... Este cáliz es la nueva alianza sellada con mi sangre; haced esto cada vez que bebáis, en memoria mía. Por eso, cada vez que coméis de este pan y bebéis de la copa, proclamaréis la muerte del Señor, hasta que vuelva” (1ª Cor 11, 23-26).

Es en esa Nueva Alianza sellada con la sangre del Cordero inmaculado, sacrificado en el ara de la cruz, donde está cimenta este nuevo pueblo universal. De ahí que, como afirma el Santo Padre Benedicto XVI en la Exhortación Apostólica **Sacramentum Caritatis**

“.. la fe de la Iglesia es esencialmente fe eucarística y se alimenta de modo particular en la mesa de la Eucaristía. Por eso, el Sacramento del altar está siempre en el centro de la vida eclesial; **«gracias a la Eucaristía, la Iglesia renace siempre de nuevo»**. Cuanto más viva es la fe eucarística en el Pueblo de Dios, tanto más profunda es su participación en la vida eclesial a través de la adhesión consciente a la misión que Cristo ha confiado a sus discípulos. La historia misma de la Iglesia es testigo de ello. Toda gran reforma está vinculada de algún modo al redescubrimiento de la fe en la presencia eucarística del Señor en medio de su pueblo”. (Sacramentum Caritatis n. 15).

La Iglesia hace la Eucaristía y la Eucaristía construye la Iglesia. Comulgar quiere decir entrar en ese dinamismo que nos lleva a llegar a ser un solo cuerpo con Cristo. Es identificarse con la donación de Nuestro Señor y participar en ese gran acto de amor que se realiza en el misterio de la cruz.

Ahora es posible la comunión entre Dios y la criatura pues el mismo Dios ha venido a nuestro encuentro y se ha donado hasta la muerte de cruz para derribar así el muro que nos separa; y otorgarle al hombre la fuerza y el poder de la divinidad, mediante el Sacramento del amor: su misma entrega a favor de todos los hombres.

3. Corpus Christi. Maná de fraternidad

Por eso la Iglesia celebra hoy también el **“Día de la Caridad”**. Comulgar y adorar el Cuerpo de Cristo es hacer visible el sacramento de la fraternidad. En la Eucaristía, nos recuerda Benedicto XVI, Jesús nos hace testigos de la compasión de Dios por cada hermano y hermana. Nace así, en torno al Misterio eucarístico, el servicio de la caridad para con el prójimo, que

“consiste precisamente en que, en Dios y con Dios, amo también a la persona que no me agrada o ni siquiera conozco. Esto sólo puede llevarse a cabo a partir del encuentro íntimo con Dios ... Entonces aprendo a mirar a esta otra persona no ya sólo con mis ojos y sentimientos, sino desde la perspectiva de Jesucristo. Por consiguiente, la Eucaristía impulsa a todo el que cree en Él a hacerse **pan partido** para los demás y, por tanto, a trabajar por un mundo más justo y fraterno.

En definitiva, Cristo sigue exhortando hoy a su iglesia y por tanto a cada uno de nosotros a comprometernos en primera persona: «dadles vosotros de comer» (Mt 14,16), que no es más que realizar la llamada que todos tenemos como cristianos de ser, junto con Jesús, **pan partido para la vida del mundo**. (Sacramentum Caritatis, n. 88).

Por último, hermanos, y a la luz de lo dicho, me gustaría señalar que con nuestra procesión del

Corpus no queremos imponer a nadie nuestra fe sino manifestar que nosotros estamos convocados por el Señor, para ser uno con Él y poder así estar abiertos a todos los hombres como hermanos, construyendo el bien común y ofreciendo el fruto del árbol de la vida de la cruz de Jesucristo, fruto que sana y reconcilia el corazón quebrantado, haciendo posible que todos los hombres puedan caminar juntos en la búsqueda de la verdad, la justicia, la paz y el amor. Que así sea.

+ *José Mazuelos Pérez*

Obispo de Asidonia-Jerez